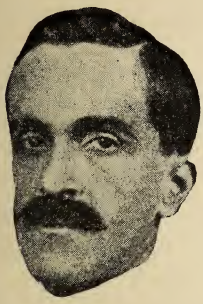
10429 Sr Dalmau

SUBLIME DOCTRINA

COMEDIA EN PROSA, EN UN ACTO Y UN INTERMEDIO, ORIGINAL DE LOS SEÑORES



EMILIO TABOADA

y

MANUEL HOYOS

COPYRIGHT, BY E. TABOADA Y M. HOYOS

MADRID
SOCIEDAD DE AUTORES ESPAÑOLES
Núñez de Balboa, 12.
1911

Digitized by the Internet Archive
in 2015

https://archive.org/details/sublimedoctrinac537tabo

EMILIO TABOADA Y MANUEL HOYOS

SUBLIME DOCTRINA

COMEDIA EN UN ACTO Y UN INTERMEDIO, ORIGINAL Y EN PROSA

MADRID
SOCIEDAD DE AUTORES ESPAÑOLES
Núñez de Balboa, 12.
1911

ESTRENADA CON GRAN ÉXITO EN EL SALÓN NACIONAL EL DÍA 25 DE FEBRERO DE 1911

ESTABLECIMIENTO TIPOGRÁFICO DE EL LIBERAL
Marqués de Cubas, 7.

al distinguido primer actor, director
D. Rafael Dalmau

Los autores

Al Comité Ejecutivo de la Sociedad Editorial de España, D. Miguel Moya, D. José Ortega Munilla, D. Antonio Sacristán y D. José Gasset.

Como prueba de admiración y respeto,

Los Autores

251117

Esta obra es propiedad de sus autores, y nadie podrá, sin su permiso, reimprimirla ni representarla en España ni en los países con los cuales se hayan celebrado, ó se celebren en adelante, tratados internacionales de propiedad literaria.

Los autores se reservan el derecho de traducción.

Los comisionados y representantes de la *Sociedad de Autores Españoles* son los encargados exclusivamente de conceder ó negar el permiso de representación y del cobro de los derechos de propiedad.

✣ ✣ ✣

Queda hecho el depósito que marca la ley.

REPARTO

PERSONAJES	ACTORES
MICAELA	SRTA. HERMÁN.
D.ª FILOMENA	» RUIZ-BLANCO.
D.ª ANGUSTIAS	SRA. VÁZQUEZ.
D.ª PURIFICACIÓN	SRTA. SANZ.
ROBUSTIANA	» VEGA.
D.ª TOMASA	» ESTER.
D.ª ASUNCIÓN	N. N.
UNA CRIADA	» BARROETA.
D. REGINO	SR. PALENCIA.
» CROTIDO	» BALSALOBRE.
» JULIO	» CASTRO.
» MANUEL	» L. RIVAS.
JUSTO	» DEFAUCE.
EL CLOWN	» MIRALLES.
NIÑO 1.º	NIÑO DEFAUCE.
NIÑO 2.º	N. N.

Una voz dentro. Otra voz dentro.

La acción en Cardeñosa, pueblo imaginario. Epoca actual. Derecha é izquierda ia del actor.

ACTO ÚNICO

Patio de una casa de pueblo. Al foro portalón grande, á la derecha, en primero y segundo término, ventanas con rejas. A la izquierda, ocupando el primero y segundo término. casa de un piso con ventanas practicables á los lados y puerta en el centro.

Es por la mañana, y el patio está bañado por el sol.

ESCENA PRIMERA

DON REGINO, LABRADOR 1.° Y LABRADOR 2.°

(Al levantarse el telón, aparece Don Regino, sacerdote de edad avanzada, regando los tiestos con una regadera. Viste una sotana, cubriendose la cabeza con un sombrero de paja de anchas alas. Por el foro pasan varios labradores que, sin pararse, saludan á Don Regino.)

LABRADOR 1.° Buenos días, señor cura.

LABRADOR 2.° Dios guarde á usted, señor cura.

DON REGINO. Id con Dios, hijos míos. *(Deja la regadera en el suelo, y quitándose el sombrero se limpia el sudor con un pañuelo.)* ¡Pobres muchachos! Buen día de calor les espera, porque hoy se nos prepara bueno. *(Breve pausa.)* Hay que ver que más fresco que yo no habrá nadie en el pueblo, porque debajo de la sotana no llevo ropa ninguna; y, sin embargo, estoy sudando por todo mi cuerpo. *(Se abanica con el sombrero.)* Por supuesto que como sigan estos calores cierro esta puerta con llave *(señalando al portalón)* y ando por el patio sin sotana. ¡Vaya si me la quito! *(Se pone el sombrero y sigue regando.)*

ESCENA II

DON REGINO Y JUSTO; ÉSTE VISTE DE MONAGUILLO

JUSTO. *(Desde el portalón.)* Santos y buenos dias nos dé Dios, señor cura.

DON REGINO. Bien venido seas, hijo mío. *(Dejando de regar.)* ¿Qué te trae por aquí tan de mañana? *(Con interés.)* ¿Ocurre alguna novedad?

JUSTO. No, señor; lo de siempre, que ha enviado aviso D. Rogelio para que se le vaya á confesar.

DON REGINO. Quizá se haya empeorado en su enfermedad. ¡Pobrecito D. Rogelio! Voy á prestarle en seguida los servicios que de mí reclama. *(Breve pausa.)* ¿Hay mucha gente en la iglesia?

JUSTO. No, señor; sólo están las de siempre.

DON REGINO. *(Interrumpiéndole.)* Ya, ya sé, Doña Filomena y compañía.

JUSTO. Las mismas; sí, señor.

DON REGINO. Está bien.

JUSTO. ¿Manda usted algo más?

DON REGINO. Espera y te llevarás la bolsa de los avíos. *(Se quita el sombrero, limpiándose con el pañuelo la sotana. Desde la puerta de la casa:)* ¡Micaela! *(Breve pausa.)* ¿Dónde estará metida esta muchacha? *(Llamándola más fuerte.)* ¡Micaela!

ESCENA III

DICHOS Y MICAELA, UNA JOVEN DE VEINTITANTOS AÑOS. VISTE DE PERCAL Y LLEVA DELANTAL BLANCO; SU TIPO ES FINO

MICAELA. *(Desde una de las ventanas de la casa.)* ¿Me llamaba usded, tío?

DON REGINO. Sí, hija mía; y varias veces.

RBC
Nell

MICAELA. Estaba en la cocina preparándole el almuerzo.

DON REGINO. Anda, dí á Robustiana que me traiga mi sombrero, el quitasol y la bolsa de los avíos, que tengo que ir á confesar á D. Rogelio.

MICAELA. Voy corriendo. *(Se retira de la ventana.)*

DON REGINO. *(A Justo.)* ¿Te han dicho que fuese en seguida á confesar á D. Rogelio?

JUSTO. Decirlo, sí me lo han dicho; pero puede usted ir cuando quiera, en la seguridad que no se lo encontrará muerto. Yo creo que D. Rogelio se confiesa para no aburrirse.

DON REGINO. *(Enfadadísimo.)* ¡Cómo se entiende! Murmurar de esa manera delante de mí. ¿No sabes que la murmuración es uno de los pecados que más castiga Dios? ¡Galopín, más que galopín! (*Dirigiéndose hacia donde está Justo.*) Como sepa que hablas mal otra vez de D. Rogelio, te arranco una oreja. (*Le coge, tirándole de ella.*)

JUSTO. ¡Padre, caray, que me hace usted daño!

DON REGINO. Ya lo sé; así aprenderás á no hablar de lo que no te importa. *(Micaela aparece en la puerta de la casa, con el sombrero de D. Regino, el quitasol y una bolsa encarnada. Al ver á D. Regino, que está tirando de la oreja á Justo, se interpone entre ambos; D. Regino suelta á Justo, y éste corre á esconderse detrás de Micaela.)*

MICAELA. *(A Justo.)* ¿Qué has hecho al señor cura?

JUSTO. *(Casi llorando.)* Nada, doña Micaela; que he dicho una cosa de D. Rogelio, que es verdad como lo sabe todo el pueblo, y por eso me ha retorcido esta oreja, y mire usted cómo me la ha dejado, que parece un bartolillo. *(Enseñándo la oreja.)*

DON REGINO. (*Queriéndole pegar otra vez, Micaela le contiene.*) ¡Y aún tienes valor para repetirlo! Anda,

anda, que te dé la bolsa de los avíos, y vete delante á la iglesia, pero muy delante, que no te vea yo. (*Justo, con mucho miedo, coge la bolsa de manos de Micaela.*)

JUSTO. Hasta luego, doña Micaela. (*Aparte á Micaela.*) Y muchas gracias. (*Hace mutis, corriendo por el portalón.*)

MICAELA. (*Con cariño.*) Anda con Dios, buena pieza.

ESCENA IV

DICHOS, MENOS JUSTO

MICAELA. Es travieso; pero en el fondo no es malo.

DON REGINO. Para ti todo el mundo es bueno; tienes demasiado buen corazón, Micaela.

MICAELA. No, señor; no es que tenga mejor corazón; comprendo que ha hecho mal en hablar así; pero hay que ver que es un chiquillo, y sobre todo le quiero, desde que he visto que se intersa por usted. No faltó ni un solo día á preguntar, cuando tuvo usted aquél flemón en salva sea la parte. (*Señalándose la mejilla izquierda.*)

DON REGINO. Yo también le quiero; pero no voy á tener más remedio que echarle de la iglesia.

MICAELA. (*Con pena.*) ¡Pobrecillo! ¿Y por qué?

DON REGINO. Por ser demasiado listo. Ve cosas en el interior del templo que para otro pasarían desapercibidas; pero á él no se le escapan, y si aun se las callara....., pero lo malo es que las cuenta, y eso no puede consentírsele.

MICAELA. Yo le hablaré y verá usted cómo se corrige.

DON REGINO. Te advierto que lo que ha dicho de D. Rogelio tiene razón. No es que yo diga que es un hipócrita, ¡líbreme Dios!, pero tiene sus defectos

como los tenemos todos, y el suyo es el de quererse confesar cada tres días; pero eso no se debe decir.

MICAELA. Yo creo que lo que no se debe es hacer.

DON REGINO. No; como el pobre está en cama, sin duda se aburre y toma como pretexto el confesarse para llamarme y charlar un rato (*Riéndose.*) Tanto es así, que la última vez que fuí á confesarle, salí de su alcoba á las nueve de la noche, y entré á las seis y cuarto de la tarde.

MICAELA. (*Asustada.*) ¡Pero estuvo usted tanto tiempo confesándole!

DON REGINO. ¡Ca, tontuela! La confesión no duraría ni tres minutos; es que nos enredamos él, un cuñado suyo y yo á jugar al tresillo y nos estuvimos tres horas (*Riéndose.*) En fin, voy á confesarle y á lo que salga. (*Se pone el sombrero y se dirige al portalón.*) ¡Ah! Se me olvidaba decirte que mandes regar bien este patio, porque luego nos reuniremos aquí el señor juez, el médico, el farmacéutico y D. Julio.

MICAELA. ¿Van ustedes á tratar del manto que piensa regalar el pueblo á la Virgen?

DON REGINO. No; de eso ya se ha nombrado una Comisión, que la forman doña Angustias, doña Asunción, doña Purificación y doña Filomena, y ellas serán las encargadas de hacer la suscripción. Nuestra reunión será para tratar de otra cosa que, aquí para nosotros, la encuentro una tontería. Figúrate que quieren crear una Sociedad para proteger á toda clase de animales. Es decir, que si mañana te pica un mosquito.....

MICAELA. (*Interrumpiéndole.*) Que sí me picará, porque tengo mi alcoba plagada.

DON REGINO. Bueno; pues si te pica, en vez de darle un mano

tón, según las teorías de D. Julio, que es de quien ha partido esta idea, no se le debe matar, sino que por el contrario, hay que quedarse quieto y dejar que pique con entera confianza, puesto que al posarse en nuestro cuerpo lo hace creyendo que con su picotazo nos proporciona una satisfacción.

MICAELA. Sí que tiene gracia la idea.
¿Y usted forma parte de esa Sociedad?

DON REGINO. Ya lo creo, yo seré nombrado Vicepresidente.

MICAELA. Pero usted no dirá que anoche le tiró una zapatilla al gato porque se le encontró jugando con su bonete nuevo.

DON REGINO. De ninguna manera; bueno se pondría D. Julio. *(Transición.)* ¡Ea!, adiós, hija mía; que hablando contigo, se me va el santo al cielo y dejo de cumplir con mis sagradas obligaciones. *(Se dirige al portalón, acompañado de Micaela.)* ¡Ah! No te olvides de mandar por el vino. Ya sabes; en casa del tío Juan y que digan que van de mi parte. ¡Yerás qué vino! ¡Cosa superior! Mandas la bota grande, ¿entiendes? Pero que la laven bien para que no se pique.

MICAELA. Vaya usted descuidado.

DON REGINO. *(Abre el quitasol.)* Hasta luego, ¿eh? *(Le da un golpecito en el hombro.)*

MICAELA. Tenga usted cuidado con el sol.

DON REGINO. Ya, ya me taparé. (*Hace mutis por el portalón. Micaela se queda en la puerta, mirando por dónde se ha marchado D. Regino.*)

MICAELA. ¡Váyase usted por la sombra!

ESCENA V

MICAELA; Á POCO ROBUSTIANA.

MICAELA. (*Dirigiéndose despacio á la casa.*) Es un bendito. (*Suspirando.*) ¡Si todos los sacerdotes fueran como él.....! (*Desde la puerta de la casa.*) ¡Robustiana! (*Breve pausa.*) ¡Robustiana!

ROBUSTIANA. (*Desde una ventana de la casa.*) ¡Qué quié usté?

MICAELA. ¿Dónde estabas metida, mujer?

ROBUSTIANA. ¿Dónde quié usté que estuviese? Haciendo la cama del señor cura y la de usté?

MICAELA. Bueno, pues deja ahora las camas sin hacer, que tienes que ir por vino.

ROBUSTIANA. Está bien. ¿Llevo la bota grande?

MICAELA. Sí; la que está colgada al lado de los jamones.

ROBUSTIANA. Ya, ya sé cuala es.

MICAELA. Anda de prisa.

ROBUSTIANA. Voy de seguida, voy de seguida. (*Se retira de la ventana; se oye dentro eiecutar un pasodoble muy vulgar, tocado con un cornetín y un redoblante. Micaela se asoma á la ventana.*)

MICAELA. (*Segunda derecha.*) Ya vienen los titiriteros anunciando la función de esta tarde. (*La música se va extinguiendo poco á poco.*) ¡Pobre gente! Me da una pena verlos; sobre todo la niña que trabaja en el trapecio... es tan pequeña aún...

ROBUSTIANA. (*Sale por la puerta de la casa; trae en la mano una bota de vino vacia; dirigiéndose á Micaela:*) ¿Dónde tengo que ir por el vino?

MICAELA. A casa del tío Juan, y dile que te lo dé bueno, porque es para el señor cura, ¿sabes?

ROBUSTIANA. Pierda usted cuidao, que me lo dará del mejor que tenga. ¿No llevo dinero?

MICAHLA. No, mujer; ya sabes que le pagamos el pedido á fin de mes.

ROBUSTIANA. Está bien. De aquí á luego. (*Hace mutis por el foro. Micaela coge la regadera y se pone á regar el patio.*)

ESCENA VI

MICAELA Y DON CRÓTIDO

D. CRÓTIDO. (*Representa cincuenta y tantos años. Viste traje de americana de dril, zapatos de lona blancos y camisa sin planchar. Al ver regando á Micaela, se queda parado, abanicándose con el sombrero de paja que lleva en la mano.*) Riegue usted, riegue usted, Micaela, que por mucha agua que eche, no por eso ha de refrescar el tiempo.

MICAELA. (*Reparando en D. Crótido.*) Buenos días nos dé Dios, Sr. Juez.

D. CRÓTIDO. (*Limpiándose el sudor con el pañuelo.*) Demasiado buenos nos los prepara.

MICAELA. (*Asombrada.*) ¿No le gusta á usted este tiempo? (*Deja la regadera en el suelo.*)

D. CRÓTIDO. No, hija mía; le aborrezco con mis cinco sentidos.

MICAELA. Pues es raro, porque en esta época no me negará usted que es cuando se vive y se disfruta de la Naturaleza. Da gusto salir á pasear, antes de comer, por esos campos llenos de verde.

D. CRÓTIDO. He de advertir á usted que yo no soy aficionado ni me gusta el verde.

MICAELA. Ya me lo figuro, D. Crótido; entienda lo que he querido decir. Me refiero á que en esta época del año se ve alegría en el cielo, los campos con yerba fresca, los árboles plagados de frutas y alrededor de éstas mil pajarillos cantando.

D. CRÓTIDO. *(Interrumpiéndola.)* Sí, y ochocientos mil mosquitos, que también revolotean poniéndonos el físico hecho una lástima. *(Abanicándose con el sombrero.)* ¡Oh! Es deliciosa esta época.

MICAELA. Y siendo usted tan refractario á los calores, ¿cómo sale usted á la calle á estas horas?

D. CRÓTIDO. Diré á usted. He salido porque quiero hablar con su tío, antes de que vengan las señoras que forman la Comisión para regalar el manto á la Virgen; porque como me he negado á entregar ni un céntimo para ese objeto, quiero dar mis razones á su tío, antes que hable éste con dichas señoras.

MICAELA. (*Asombrada.*) ¿De modo que usted no contribuye con ninguna cantidad?

D. CRÓTIDO. No, señora, y he de advertir á usted que soy tan creyente como el primero; pero yo entiendo la religión de otra manera distinta á como la entienden otros. Yo creo que para ganar á Dios no hace falta acudir á la iglesia á diario formándose callo en las rodillas. Dios agradece más una obra de caridad que trescientos Padrenuestros sin respirar: así entiendo yo la religión.

MICAELA. En parte tiene usted razón, D. Crótido. La caridad es una de las cosas que más agradece Dios Nuestro Señor; pero á la iglesia se debe ir para limpiar la conciencia.

D. CRÓTIDO. Pero si es que yo no tengo que limpiarme nada. No hago mal á nadie. Procuro hacer todo el bien que puedo á mis semejantes, y de esta manera cumplo como buen cristiano. ¿Que no asisto á diario á la iglesia? Es verdad; pero es que al templo sólo se va á pedir algo. El pobre, para que Dios le dé bienestar. El rico, para que se lo conserve. Siempre se va con peticiones.

Siempre hay algo de egoísmo. En fin, no quiero discutir, porque en el fondo usted es de mi cuerda.

MICAELA. ¡Yo!

D. CRÓTIDO. Sí, no se asuste; usted un día á la semana reparte entre los niños pobres pan y diez céntimos; ¿no es verdad?

MICAELA. Sí, señor.

D. CRÓTIDO. Pues ya sabe usted que en mi casa hacemos lo mismo. Usted no va á diario á la iglesia.

MICAELA. Porque no puedo dejar la casa sola.

D. CRÓTIDO. Sea por lo que fuere, usted no va más que los domingos; igual hago yo. Somos iguales, y los dos nos encontraremos en el cielo; advirtiéndola que esas que van á diario á la iglesia, no irán.

MICAELA. ¿Por qué?

D. CRÓTIDO. Por pesadas, ya lo verá usted; los santos, aunque lo sean, les debe molestar que estén constantemente pidiéndoles.

MICAELA. ¡Qué cosas dice usted!

D. CRÓTIDO. La verdad, Micaela, la verdad. Si pudiera hablar la Virgen que hay en esta iglesia, vería usted cómo me daba la razón.

MICAELA. (*Mirando al portalón.*) Mire usted; ahora puede discutir con las señoras de la comisión, que vienen hacia aqui.

D. CRÓTIDO. ¡Yo con esas cuatro! Dios me libre. Me voy sin que me vean, porque como me enrede en conversación con ellas, se me va la lengua y no quiero faltarlas, al fin son señoras. ¿Dónde ha dicho usted que estaba su tío?

MICAELA. Confesando á D. Rogelio.

D. CRÓTIDO. Voy á su encuentro. (*Se dirige precipitadamente hacia el portalón. Micaela le detiene.*)

MICAELA. No salga usted por aquí, que se las encontrará de manos á boca.

D. CRÓTIDO. Pues ¿por dónde?

MICAELA. Venga usted conmigo y saldrá por la puerta que da á la carretera.

D. CRÓTIDO. (*Mirando al portalón.*) Sí, sí, vamos pronto. (*Entran los dos precipitadamente por la puerta de la casa*), que ahí vienen.

ESCENA VII

DOÑA ASUNCIÓN, DOÑA FILOMENA, DOÑA ANGUSTIAS Y DOÑA PURIFICACIÓN

(Aparecen las cuatro por el foro. Visten de negro con mantos en la cabeza, llevando en una mano un rosario y un libro de misa, y en la otra una silla de tijera de esas que se usan en la iglesia. Entran hablando acaloradamente.)

D.ª PURIF. ¡Ea, no hablemos más de este asunto! Yo opino que cuando tengamos el dinero reunido, entonces el señor cura, como depositario de la cantidad, será el encargado de elegir el color del manto. (*Con humildad.*) Este es mi modesto parecer.

D.ª FILOM. (*Con humildad.*) Está bien pensado.

D.ª ANGUST. (*Queriendo contener el genio.*) Bueno, yo también estoy conforme, por estarlo doña Filomena; pero sepa usted que su voto no se me importa nada, porque doña Filomena, como presidenta, y yo, como secretaria de esta comisión, somos las únicas que podemos tener voz y voto en la elección del color del manto; ¿sabe usted?

D.ª FILOM. (*Con humildad.*) ¿Pero ya van ustedes á regañar?

D.ª PURIF. (*Con humildad.*) ¡Yo reñir! ¡Líbreme Dios! La

soberbia es un pecado castigado por Nuestro Señor; por eso yo me callo y dejo que me ofenda Doña Angustias. De esa manera ella caerá en el pecado y yo me libraré de él. Todo por Dios y todo para El.

D.ª ANGUST. (*Con ironía.*) Y para otros. Ya sabe usted que estoy enterada de muchas cosas. Todo se sabe, Doña Purificación.

D.ª ASUNC. (*Con humildad.*) Basta ya. Cada una de nosotras tenemos nuestros correspondientes pecadillos, y todas sabemos los de las unas y los de las otras; lo mejor es que nos callemos y sigamos como hasta aquí, unidas y haciendo la vista gorda.

D.ª PURIF. (*Enfadada.*) Eso sí que no lo aguanto. (*A Doña Purificación.*) Usted de mí no sabe nada. (*Con humildad.*) Yo no hago más que amar á Dios.

D.ª ANGUST. (*Con ironía.*) Sí, ¿eh?; ¿conque sólo amar á Dios? Pregúnteselo usted á la señora del médico, si sólo se dedica usted á amar á Dios.

D.ª PURIF. (*Con humildad.*) Eso son calumnias que han levantado en el pueblo. También dicen que Doña Angustias y el veterinario... Yo no lo creo, pero lo dicen.

D.ª ANGUST. (*Se dirige á Doña Purificación como para pegarla.*) Eso es una mentira, so lechuza.

D.ª PURIF. La lechuza lo será usted.

D.ª ANGUST. (*Furiosa.*) ¡Yo lechuza! (*Se abalanza al moño de Doña Purificación.*) Ahora verá usted. (*Doña Angustias y Doña Purificación se agarran del moño, pegándose puñetazos. Doña Filomena y Doña Asunción tratan de separarlas. Cuando la riña está en todo su apogeo se oye dentro la voz de Don Regino.*)

DON REGINO. (*Desde dentro.*) Pase usted don Crótido. *Al oir la voz, Doña Filomena y Doña Asunción se*

separan bruscamente de Doña Angustias y Doña Purificación, que siguen pegándose de lo lindo.)

D.ª FILOM. (*Asustada.*) ¡Que viene el señor cura! (*Al oir lo que dice Doña Filomena, se separan Doña Purificación y Doña Angustias, y después de arreglarse el moño y los vestidos, que estarán en desorden, adoptarán las cuatro una posición humilde.*)

DON REGINO. (*Desde el portalón, sin fijarse en las cuatro señoras.*) Entonces, hasta ahora, Don Crótido.

ESCENA VIII

LAS MISMAS Y DON REGINO.

DON REGINO. (*Entra en el patio. Al ver á las cuatro señoras en actitud humilde sin levantar los ojos del suelo, se dirige adonde están éstas, con cara sonriente.*) Así me gusta ver á mis feligresas; siempre unidas en paz y gracia de Dios. (*Las cuatro van besando la mano de Don Regino.*)

D.ª FILOM. (*Con humildad.*) Y así nos verá usted toda la vida, señor cura.

D.ª ANGUST. (*Con humildad.*) Como buenas cristianas, nos queremos mucho.

D.ª PURIF. Y entre nosotras no se oye nunca una palabra más alta que otra. (*Dirigiéndose á las tres.*) ¿No es verdad?

D.ª ASUNC. Así es.

DON REGINO. (*Impaciente.*) ¿Y á qué tengo el gusto de ver á ustedes por aquí?

D.ª FILOM. Hemos venido á entregar á usted setenta y cinco pesetas, recaudadas para regalar á la Santísima Virgen, patrona de este pueblo, el manto que los

vecinos pensamos hacerla por suscripción voluntaria.

D.ª ASUNC. En todas las casas donde hemos ido, nos han dado alguna cantidad para tan piadoso objeto. Unicamente, Don Crótido ha sido quien se ha negado.

D.ª PURIF. Es claro; como todo su dinero lo emplea en darlo á esos pobres repugnantes que andan por el pueblo...

D.ª ANGUST. Que no trabajan y nos asedian pidiéndonos pan, enseñándonos sus hijos para que nos compadezcamos de ellos; y es claro, como ese don Crótido les da dinero, cada día hay más pobres.

D.ª FILOM. Si todos hicieran como yo, que no les doy ni un céntimo...

D.ª PURIF. Yo tampoco.

D.ª ASUNC. Ni yo.

D.ª ANGUST. Que trabajen, que manos tienen.

D.ª ASUNC. Eso pienso yo, pero D. Crótido no piensa así, y nos ha hecho un feo; pero algún día recibirá el castigo de Dios.

DON REGINO. Ustedes calumnian á D. Crótido. La caridad es una virtud que Dios premia.

D.ª FILOM. Ya lo sé, y nosotras cuatro entregamos mensualmente cinco pesetas á las monjas para ayudar á sostener el convento.

D.ª PURIF. Esa es la caridad verdadera.

D.ª ASUNC. Sí, señor; porque las pobrecitas monjas no pueden ganarlo como esas pobres que andan por la carretera holgazaneando.

D.ª FILOM. En fin, no nos ocupemos de D. Crótido, que no merece nuestra atención, y entreguemos al señor cura lo recaudado en estos días.

D.ª ANGUST. Por de pronto, rogamos á usted que se haga cargo de esta cantidad, que iremos (*Entregándole*

un sobre.) aumentando, según vayamos recibiendo donativos.

DON REGINO. (*Se guarda el sobre.*) En mi poder queda, y Dios haga que se aumente.

D.ª FILOM. Así sea.

D.ª PURIF. Y, ahora, con su permiso, nos retiramos, porque desde las cinco de la mañana faltamos de nuestras casas, y yo por mi parte, he dejado sin arreglar á mis pequeñuelos.

D.ª ANGUST. (*A Doña Filomena.*) ¡Qué le parece á usted, doña Filomena, las dos de la tarde y la casa sin arreglar!

D.ª FILOM. No hable sobre este particular, porque en este caso igual la ocurrirá á usted, doña Angustias, tampoco ha ido á su casa.

D.ª ANGUST. Eso no, porque mi marido, que es un santo, mientras que yo estoy rezando, él lava á mis hijos y espuma el cocido.

D.ª FILOM. (¡Qué suerte tiene usted!)

D.ª PURIF. (*Besando la mano de D. Regino.*) Quede usted con Dios, señor cura.

D.ª ASUNC. (*Id.*) Señor cura, que usted lo pase bien.

D.ª FILOM. (*Id.*) Hasta la vista, si Dios quiere.

D.ª ANGUST. (*Id.*) Que Dios le guarde. (*Las cuatro se van hacia el foro hasta llegar al portalón; tropiezan con Robustiana, que sale con una bota llena de vino. Robustiana, saluda á las cuatro, haciendo mutis por la puerta de la casa.*)

D.ª FILOM. (*A D.ª Angustias.*) Bien se cuida el señor cura.

D.ª ASUNC. (*A D.ª Purificación.*) Buena bota de vino se gasta D. Regino. (*Las cuatro saludan desde el portalón con humildad.*) Dios guarde á usted, señor cura. (*Hacen mutis.*)

DON REGINO. (*Enfadado.*) Andad con Dios, pesadas.

ESCENA IX

DON REGINO, MICAELA, DESPUÉS ROBUSTIANO.

DON REGINO. Gracias á Dios que me han dejado tranquilo. (*Llamando.*) ¡Micaela! ¡Micaela!

MICAELA. (*Saliendo por la puerta de la casa.*) ¿Ya está usted de vuelta?

DON REGINO. Sí, hija mía; y con una debilidad que traigo que no puedo ni con el solideo. Anda, dí á Robustiana que me saque la comida.

MICAELA. ¿Almorzará usted aquí?

DON REGINO. Sí; porque dentro hace mucho calor.

MICAELA. (*Llamando.*) ¡Robustiana!

ROBUSTIANA. (*Dentro.*) ¿Qué desea usted?

MICAELA. (*Desde la puerta de la casa.*) Sal á poner la mesa y saca la comida para el señor cura.

ROBUSTIANA. (*Dentro.*) Voy de seguida.

MICAELA. (*Vuelve al banco donde está sentado D. Regino, sentándose á su lado.*) ¿Y qué tal está D. Rogelio?

DON REGINO. Hoy le he encontrado mal.

MICAELA. ¡Pobrecillo! Ya lleva tiempo así.

DON REGINO. Desde Junio. ¡Por fuerza! Se fué á misa a las cinco de la mañana sin nada dentro, se confesó y se puso á oir misas y misas; después se fué á ver al señor juez para desahuciar á un labrador que le debía tres meses de un préstamo que le hizo, y cuando quiso recordar, ya no le admitía nada el estómago. (*Sale Robustiana de la casa con un mantel y varios platos, cubiertos y jarro de vino, que colocará en la mesa, retirándose otra vez á la casa.*)

MICAELA. Y es bueno como el pan.

DON REGINO. ¡Que si es bueno! Un ángel. Un hombre que no ha querido casarse por no meterse con nadie, y que vive en el templo como quien dice. Si salía de la iglesia era á sus préstamos, y pare usted de contar. (*Suspirando.*) ¡Ay, Micaela, lo que somos! (*Transición.*) Pero, ¿traen la comida?

MICAELA. Sí, señor; en seguida viene. (*Pausa*). Pero ¿no hay salvación para D. Rogelio?

DON REGINO. Desgraciadamente, no. Cuando entré á confesarle le habían dado un pollo con tomate y se lo comió entero; pero á los pocos momentos ya estaba otra vez el pollo en este mundo. ¡Me dió una lástima!

MICAELA. Ya lo creo, un señor tan bueno.

DON REGINO. No; si hablaba del pollo. ¿Qué tengo yo?

MICAELA. (*Mirándole la cara.*) No le noto á usted nada.

DON REGINO. Qué tengo para comer, es lo que te pregunto. (*Sale Robustiana con una bandeja llena de cazuelas, que dejará en la mesa, haciendo mutis de nuevo por la puerta de la casa.*)

MICAELA. (*Destapando las cazuelas.*) Véalo usted: ternera con guisantes.

DON REGINO. (*Poniéndose la servilleta á guisa de babero.*) ¡Hombre, me alegro!

MICAELA. (*Destapando otra cazuela.*) Jamón con tomate.

DON REGINO. (*Muy contento, empieza á comer.*) Bien; ¿has traído el vino?

MICAELA. Sí, señor; ahí está. (*Señalando al jarro.*)

DON REGINO. Anda, anda, sírveme pronto, que dentro de poco vendrán los de la sociedad y no quiero que me vean comer; después tengo un bautizo de quinta. ¡Qué miseria! Bautizo como el de la farmacéutica.....; aquello sí que era comer. El chocolate lo servían en vasos de medio cuartillo. Y ¿los bizcochos?, á miles; con decirte, es decir, tú

te acordarás, que me puse malo. De esos, caen pocos en libra; yo creo que en este pueblo cada día nacen menos chiquillos decentes.

MICAELA. Será con la sequía.

DON REGINO. Pues, hija, llover, bien llueve. (*D. Regino, durante esta escena, no deja de comer, y Micaela le irá sirviendo.*)

MICAELA. ¡No coma usted tan de prisa, que le va á hacer daño!

DON REGINO. No tengo más remedio; quiero dar una vueltecita después del bautizo por casa del pobre don Rogelio, á ver si se muere, que si se moriría..... Cuando él ha despreciado el pollo con lo ahorrativo que es, en seguida me dije: «Esto se va.» (*Micaela retira el plato, poniéndole otro.*) ¿Qué es esto? (*Oliendo.*)

MICAELA. Chuletas rebozadas.

DON REGINO. Me gustan y huelen bien. (*Empieza á comer.*) Echa vino....Y los funerales serán de primera. ¡Lo que somos, Micaela! No sé si me quedará tiempo de ver los títeres. Si D. Rogelio tarda en morirse, me fastidia. (*Termina de comer; Micaela le retira el plato.*) ¡Ay, qué vida ésta; sólo Dios es infinito!..... ¿Qué hay de postre?

MICAELA. Frutas y arroz con leche.

DON REGINO. Bueno; que se lleven esto: el arroz lo tomaré de merienda. (*Micaela empieza á quitar todo el servicio que hay en la mesa, que irá entregando á Robustiana; las entradas y salidas de ésta serán cuanto hagan falta hasta quitar todo lo que hay en la mesa.*)

MICAELA. Como usted quiera.

DON REGINO. ¿Tú irás á los títeres?...

MICAELA. ¿Si usted me deja?.....

DON REGINO. Sí, hija mía, sí; ya he dicho á D. Crótido que

venga su señora á buscarte para que vayáis juntas.

MICAELA. En ese caso, voy á arreglarme un poco.

DON REGINO. Vé cuando quieras.

MICAELA. Hasta luego.

DON REGINO. Adiós, hija mía. (*Micaela se va corriendo por la puerta de la casa.*)

ESCENA X

DON REGINO, DON CRÓTIDO, DON JULIO Y DON MANUEL

DON JULIO. (*Desde el portalón.*) ¿Se puede?

DON REGINO. (*Levantándose.*) Hasta donde ustedes quieran (*Va dando la mano á los recién venidos.*) Ya saben que vienen á su casa.

D. CRÓTIDO. ¿Estaba usted haciendo por la vida?

DON REGINO. No hay más remedio que alimentarse, señor juez. ¿Quieren ustedes una copita de anisado?

D. CRÓTIDO. Muchas gracias.

D. MANUEL. Usted nos dispensará que hayamos elegido este sitio para celebrar esta reunión; pero hemos querido que salgan de esta santa morada las primeras ideas de tan magnífica y humanitaria obra.

DON REGINO. Repito á ustedes que todo lo que poseo pertenece á mis buenos amigos. Unicamente he de pedir á ustedes que hoy sean breves, por tener varios asuntos que hacer antes de las seis.

D. MANUEL. Sí, señor; en seguida. (*Dirigiéndose á D. Julio.*) Usted, como presidente de la Sociedad y como principal iniciador de ella, es quien debe empezar.

DON JULIO. Estoy pronto.

DON REGINO. Bueno; tomen ustedes asiento, y que nos exponga D. Julio su idea. (*Todos se sientan en el banco, menos D. Julio, que permanece en pie.*)

DON JULIO. (*Adoptando actitud oratoria exagerada.*) Al querer formar en este pueblo una sociedad protectora de los animales, he querido contar con ustedes, para que entre los cuatro formemos la Junta directiva y adoptemos las medidas necesarias para evitar que se martirice al inocente burro, por ejemplo. Aborrezcamos á esa gente sin entrañas que matiriza al buey, que pega al gato, que persigue á la esbelta y sencilla cucaracha. Todos somos animales, aunque nos esté mal el decirlo. ¿Por qué no hemos de amarnos y protegernos mutuamente?. La abeja se afana por darnos su miel; la oveja cuida de su propia lana para proporcionarnos blando lecho; hasta la burra generosa y humanitaria se levanta al amanecer para prestarnos su benéfico jugo lácteo por una peseta el cuartillo. ¡Amemos al buey como si fuera nuestro padre; amemos al pollino; amemos al inocente besugo, que se deja guisar sin exhalar una queja.

DON REGINO. (*Entusiasmado, aplaudiendo.*) ¡Sublime!

D MANUEL. (*Idem id.*) ¡Colosal!

DON REGINO. (*A D. Crótido aparte.*) ¿Qué le parece á usted?

D. CRÓTIDO. (*Aparte.*) Que es un verdadero animal.

DON REGINO. (*Aparte.*) Chóquela usted; estamos de acuerdo; pero hay que aplaudir.

D. CRÓTIDO. (*Aplaude.*) Por mí... ¡Bravo, bravo!

DON JULIO. (*Con emoción.*) No aplaudáis estas frases que brotan de mi corazón; me basta con interpretar vuestro pensamiento. La sociedad que pensamos formar, realizará un fin meritorio y sublime. Redimamos á las bestias, y habremos cumplido con un deber fraternal.

D. CRÓTIDO. (*Aparte.*) Lo creo.

ESCENA XI

DICHOS Y UNA CRIADA

CRIADA. (*Entra corriendo por el foro. Al llegar frente á la mesa se queda parada ante D. Julio asustada.*) ¡Señor! ¡Señor!

DON JULIO. (*Molesto por ser interrumpido.*) ¿Qué sucede?

CRIADA. Que su hijo estaba jugando con su mamá y se caido por las escaleras, rompiéndose las narices por varios sitios.

DON JULIO. (*Furioso.*) ¡Y para eso vienes á interrumpirme!

CRIADA. (*Asombrada.*) ¡Pero, señor!

DON JULIO. Que le laven con agua y vinagre, y que le escondan en donde yo no le vea, si no quiere que le deslome de una paliza para que otra vez tenga cuidado.

CRÓTIDO. (*Dando con el codo á D. Regino; aparte.*) ¿Qué le parece á usted, D. Regino? Protege á los animales y maltrata á su hijo. (*D. Regino hace señas á D. Crótido para que se calle.*)

CRIADA. ¡Pero si la criatura no ha tenido la culpa!

JULIO. (*Interrumpiéndola furiosamente.*) Retírate de mi vista si no quieres que... (*Coge una silla con intención de tirársela á la cabeza. La criada vase despavorida por el portalón; D. Crótido se ríe y hace señas á D. Regino, y éste, con disimulo, le impone silencio; D. Julio, con voz dulce, sigue el discurso interrumpido.*) Pues sí; protejamos al toro, protejamos á la simpática merluza. (*Se oye dentro la música de los titiriteros. Va cayendo el telón lentamente.*)

MUTACIÓN

A TELON CORRIDO

Se oye el redoble de un tambor.

UNA VOZ.. (*Deja de sonar el redoblante.*) Ahora va á dar comienzo el ejercicio más sensacional que se ha visto en Europa. (*Se oyen grandes murmullos.*) La diminuta artista Carmencita ejecutará sus arriesgados trabajos en el trapecio, colocado á cinco metros de altura, sin valerse de red. Esta pequeña artista ha llamado la atención en donde ha trabajado, y espero que en este dignísimo pueblo ocurrirá lo mismo. (*Pausa. Se oyen de nuevo murmullos, el redoblante del tambor y á poco grandes aplausos.*)

UNA VOZ. ¡Parece mentira que, siendo tan pequeña, trabaje tan requetebién!

OTRA VOZ. ¡Mira, mira las vueltas que da en el aire! (*Al terminar esta última palabra se oye un grito general de terror.*)

UNA VOZ. ¡Jesús, pobre criatura!

DON REGINO. ¡Dios mío, qué desgracia!

FIN DE LA MUTACIÓN.

ESCENA PRIMERA

D. REGINO, NIÑO 1.º, NIÑO 2.º Y OTROS VARIOS.

La misma decoración del cuadro primero. Al levantarse el telón aparece don Regino sentado en una silla rodeado de varios niños pobres, y les irá dando á cada uno un panecillo y diez céntimos.

DON REGINO. Hoy tengo que hacer la repartición que todas las semanas os hacía mi sobrina.

NIÑO 1.° ¿Está enferma doña Micaela?

DON REGINO. No; está cuidando de la pobrecita niña que se cayó del trapecio. Como á la infeliz la dejaron solita con su padre, al ver el resto de la Compañía que la herida tardaría en curarse, se fueron, dejando solos al desgraciado padre con la pobre enfermita, y por eso Micaela se ha encargado de ella. Eso que han hecho los titiriteros es una crueldad, hijos míos. Dios manda que nos socorramos unos á otros. Si mañana, no quiera Dios, os ocurriera una desgracia á uno de vosotros, amparaos mutuamente, pues en un caso así es cuando se ven los buenos corazones.

ESCENA II

DICHOS Y MICAELA, POR EL PORTALÓN.

MICAELA. (*Dirigiéndose á los niños.*) Buenos días, amiguitos. (*Todos los niños rodean á Micaela.*) ¿Os ha cuidado bien el señor cura?

NIÑO 2.° Sí, señora.

MICAELA. Bueno; pues ahora iros y pasar por la posada para que visitéis á la enfermita.

NIÑO 2.° Todos los días vamos.

MICAELA. Así me gusta á mí que seáis. (*Los niños van besando la mano de D. Regino y haciendo mutis por el portalón.*)

DON REGINO. Id con Dios, hijos míos.

ESCENA III

DICHOS, MENOS LOS NIÑOS

DON REGINO. (*Con interés.*) ¿Cómo sigue la niña?

MICAELA. Hace un momento que la ha visto el médico, y después de reconocerla detenidamente, nos ha

dicho á D. Crótido y á mi que á la niña es necesario trasladarla cuanto antes á la capital, para someterla á una operación, cosa que no puede hacer aquí por no tener los instrumentos necesarios. Que responde de su curación después que se la opere.

DON REGINO. (*Muy contento*). No sabes la alegría que me causas con esa noticia.

MICAELA. Espere usted, tío; que aún no he terminado. El médico nos ha dicho que es preciso reunir dinero en el pueblo para sufragar los gastos que origine dicha operación; D. Crótido, por de pronto, se suscribe por cinco duros; pero es preciso más dinero y hemos pensado que esta tarde, cuando se reunan en casa para tratar de la elección del manto, usted vaya pidiendo á las almas piadosas que han contribuído para el regalo á la Santísima Virgen, hagan un esfuerzo y cada una se suscriba con alguna cantidad.

DON REGINO. Y yo respondo que la recaudación será buena. En este pueblo hay buenos corazones, verás cómo todos acudirán á mi llamamiento. D. Julio por poco dará cinco duros. Ya ves; gracias á él tienen los perros vagabundos un asilo que por su cuenta ha instalado, y si eso hace por los animales, qué no hará por una persona; doña Filomena y demás señoras de la Comisión, tratándose de una obra de caridad, respondo que todas darán alguna cantidad. Ha sido una buena idea la de esa suscripción.

MICAELA. ¿De modo que usted cree que se reunirá el dinero necesario?

DON REGINO. ¿Cómo que si lo creo? Lo tengo seguro. Tanto es así, que desde luego puedes decir al padre de esa pobre criatura que á las siete se pase por

casa, para entregarle la cantidad recaudada.

MICAELA. (*Muy contenta.*) Me voy en seguida á decírselo, porque me estará esperando con impaciencia y al mismo tiempo también diré á D. Crótido que no sea mal pensado.

DON REGINO. ¿Qué te ha dicho?

MICAELA. Que si recurríamos á las señoras que van á la iglesia, no recaudaremos ni un céntimo.

DON REGINO. Se referirá á doña Filomena y compañía, esas cuatro santas que, sin saber por qué motivo, no las puede ver.

MICAELA. Ya se desengañará. ¡Ea! Hasta ahora, tío. (*Hace mutis por el portalón.*)

ESCENA IV

DON REGINO, DESPUÉS DOÑA TOMASA

DON REGINO. (*Sentándose en el banco.*) Ya lo creo que se reunirá la cantidad que sea necesaria para trasladar á esa pobre niña. Tengo confianza completa que todos los vecinos de este pueblo han de contribuir con algo para tan piadoso objeto, y una vez que tenga todo el dinero recaudado, delante de los donantes se lo doy al infeliz titiritero. (*Muy contento.*) Se me alegra el alma tan sólo con la alegría que voy á proporcionar al padre de esa criatura.

D.ª TOMASA. (*Desde la puerta del foro.*) ¿Se puede pasar, señor cura?

DON REGINO. Adelante, doña Tomasa. ¿A qué debo el honor de verla á usted por esta humilde casa?

D.ª TOMASA. (*Suspirando.*) Vengo á molestar á usted, señor cura.

DON REGINO. Usted no me molesta nunca, señora. Ya sabe

que si en algo la puedo servir, estoy dispuesto á hacerlo.

D.ª TOMASA. Ya lo sé; y precisamente porque lo sé, vengo á esta bendita casa para que me consuele y me aconseje al mismo tiempo.

DON REGINO. (*Admirado.*) ¡Que la consuele ha dicho! ¿Esto quiere decir que sufre?

D.ª TOMASA. (*Sollozando.*) Sí, señor; horriblemente.

DON REGINO. (*Consolándola.*) Vamos, doña Tomasa, tranquilícese, siéntese usted y explíqueme el motivo de esa tristeza.

D.ª TOMASA. (*Sentándose al lado de Don Regino.*) Mi marido...

DON REGINO. ¡Qué! ¿Sigue con su monomanía de proteger á los animales? Pobrecillo; tiene el corazón como el de un santo.

D.ª TOMASA. Eso cree usted y todo el pueblo; pero es porque no saben que á mí todos los días me maltrata. Ayer, porque le dí equivocadamente una camiseta que le faltaba un botón, me tiró á la cabeza una palmatoria.

DON REGINO. (*Asombrado.*) ¡Jesús! No creí capaz á don Julio de...

D.ª TOMASA. ¿No? Pues es una fiera, señor cura; una fiera, se lo aseguro. Hoy, porque pegué al gato, que hizo en nuestra alcoba una cosa... fea, me ha dado tres bofetadas, que me dejó atontada.

DON REGINO. (*Asombrado.*) ¡Qué atrocidad!

D.ª TOMASA. (*Sollozando.*) Y esto es á diario; las piernas las tengo llenas de cardenales. Mire usted. (*Se dispone á enseñar las pantorrillas á don Regino; éste la detiene.*)

DON REGINO. Basta que usted lo diga, mujer.

D.ª TOMASA. ¡Y el cuerpo! ¡Está todo lleno de señales! ¡Mire usted...! (*Se dispone á desabrocharse la blusa.*)

DON REGINO. (*Deteniéndola.*) ¡Pero se va usted á quedar desnuda delante de mí!

D.ª TOMASA. ¿Y qué importa? ¿No es usted sacerdote?

DON REGINO. ¡Caramba, aunque así sea! (*Aparte.*) ¡Qué mujer!

D.ª TOMASA. Dígame, pues, señor cura, ¿qué hago con un hombre así? Aconséjeme usted.

DON REGINO. (*Breve pausa.*) ¡Quién podría pensar que D. Julio, un hombre tan bueno, pueda martirizar á usted! Él, que ha sido quien nos dió la idea de formar la sociedad para proteger á los animales, sea capaz de maltratar á usted, señora. (*Breve pausa.*) No me cabe en la cabeza. En fin, doña Tomasa, no se acongoje. Vuélvase á su casa, y déjeme á su marido por mi cuenta, que yo le aseguro que variará de manera de ser.

D.ª TOMASA. (*Levantándose del banco.*) Mucho confío en su oratoria, señor cura; pero me parece que no adelantará usted nada de mi esposo. (*Llorando de nuevo.*) Es un perro sin entrañas, un hipócrita, un animal; por eso protege á los animales. ¡Por qué no me mataría mi padre cuando nos encontró, antes de casarnos, en la despensa! ¡Cuántos disgustos me hubiera ahorrado!

DON REGINO. Repito que tenga calma y confíe en mí.

D.ª TOMASA. Dias le oiga, señor cura. (*Se va hacia el portalón, acompañada de D. Regino.*)

DON REGINO. Calma, doña Tomasa, y no olvide que Dios nunca nos abandona. (*Doña Tomasa besa la mano de D. Regino, haciendo mutis por el portalón.*)

ESCENA V

DON REGINO; DESPUÉS DON CRÓTIDO, DOÑA FILOMENA, DOÑA PURIFICACIÓN, DOÑA TOMASA, DOÑA ANGUSTIAS, DON JULIO, DOÑA ASUNCIÓN Y DON MANUEL.

DON REGINO. He recibido un verdadero desengaño con don Julio, y así se lo diré cuando le vea. (*Entran por el portalón doña Filomena, doña Asunción, doña Purificación y doña Angustias.*)

D.ª FILOM. (*Besando la mano de D. Regino.*) Buenos días nos dé Dios, señor cura.

D.ª PURIF. (*Idem.*) ¿Qué tal ha pasado usted la noche?

DON REGINO. Muy bien, señoras; ¿y ustedes?

D.ª ANGUST. Desde la desgracia ocurrida en la plaza, estoy disgustada.

D.ª ASUNC. ¿Se refiere usted á la pobre niña?

D.ª ANGUST. Sí, señora.

D.ª FILOM. Calle usted, por Dios, doña Purificación, porque tengo el corazón en un puño.

D.ª PURIF. Yo no he dejado de preguntar ni un solo día por el estado de la enfermita.

D.ª FILOM. (*Aparte, á doña Asunción.*) No la haga usted caso, que no es verdad.

D.ª ANGUST. No sé lo que daría por que se pusiera buena mañana mismo.

D.ª FILOM. Y yo todas las noches rezo por ella.

D.ª PURIF. Yo sería capaz de hacer un sacrificio.

D.ª ASUNC. Yo he ofrecido á la Santísima Virgen un trapecio de cera.

DON REGINO. Ya; ya sé que ustedes son unas santas, y espero que sabrán cumplir como buenas cristianas.

LAS CUATRO. No lo dude.

(*Entran por el portalón D. Crótido, D. Julio, D. Manuel; poco á poco irán entrando más*

personajes que estarán diseminados en grupos por la escena.)

D. CRÓTIDO. (*Aparte á D. Regino.*) ¿Le ha dicho su sobrina de usted el pensamiento de echar un guante entre los concurrentes?

DON REGINO. Sí, señor. Ya he sondeado á las señoras de la Comisión y respondo de ellas.

D. CRÓTIDO. Me alegro muchísimo. (*D. Julio y D. Manuel saludan á D. Regino.*)

DON REGINO. (*Sentándose en el banco.*) ¿Estamos todos reunidos?

D. CRÓTIDO. (*Mirando por el patio.*) Creo que no falta ninguno.

DON REGINO. En ese caso, empezaremos.

(*Pone encima de la mesa un saquito con dinero.*) En este saquito hay reunidas trescientas cincuenta y tres pesetas, que las almas piadosas han entregado para regalar á la Santísima Virgen Patrona de este pueblo un manto, que será bordado por mi sobrina, una vez que se elija el color de la tela.

D.ª FILOM. Nosotras, y creo que todas, dejamos á gusto de usted la elección del color. Ese dinero se lo hemos entregado á la Virgen, y usted será el encargado de hacer el uso que tenga por conveniente. Igual nos da que sea azul que sea verde. Esto creo yo; ahora ustedes dirán si damos amplios poderes al señor cura.

TODOS. Sí, sí.

DON REGINO. Os doy las gracias, queridas hermanas, por esta prueba de confianza que hacéis en mí, y yo creo que sabré cumplir la misión que me encomendáis á gusto de todas. Y ahora, aprovechando la ocasión de que estamos reunidos, os voy á exponer una idea que no dudo que todos los que

escuchan, cuando la exponga, sus nobles corazones sentirán una sacudida de placer por contribuir á tan magnífica idea. Se trata de abrir una suscripción entre todos nosotros para costear el traslado y la operación que es necesaria hacer á la pobre criatura que, trabajando por ganarse un pedazo de pan, se cayó desde un trapecio haciéndose una tremenda herida en la cabeza. (*Saca un papel y un lápiz del bolsillo.*) Aquí en este papel iré apuntando las cantidades que vayan ustedes diciendo. (*Todos los personajes empiezan á cuchichear.*)

D. CRÓTIDO. Yo me suscribo con veinticinco pesetas, señor cura.

DON REGINO. El señor juez da veinticinco pesetas. (*Con el lápiz en la mano espera inútilmente, asombrado.*) ¡Todos callan!

D. CRÓTIDO. (*Aparte á don Regino.*) Eso ya lo sabía yo.

DON REGINO. Señoras y señores: he recurrido á ustedes antes que á nadie del pueblo por creer que eran los más piadosos; pero me he equivocado. Sólo se ha suscrito el señor juez, el de las ideas libres, el ateo, como le llaman ustedes cuando no está él presente.

TODAS. ¿Nosotras?

DON REGINO. Sí, ustedes.

D. CRÓTIDO. (*Saludando.*) Muchas gracias, señoras y señores, por las buenas ausencias que me hacen ustedes.

DON REGINO. Sí, hablemos claro; ustedes, que le critican y á cada momento dicen que no tiene ideas cristianas, ha sido el único que ha cumplido con Dios. La religión no consiste solamente en ir y postrarse delante de una imagen y rezarla. No, no; la religión es mucho más grande

que eso; para entrar en una iglesia hay que llevar la conciencia tranquila y el corazón sano, pues sin estas condiciones rezando se ofende á Dios. Yo pido, en nombre de El, que en este momento me está oyendo, que entre todos hagamos una suscripción para reunir lo necesario para trasladar á esa pobre enfermita á la capital, y que allí termine su curación.

D.ª FILOM. Nosotras, con mucho gusto, nos suscribiríamos con alguna cantidad; pero es el caso que con los gastos extraordinarios que hemos tenido con el manto de la Santísima Virgen, no nos podemos desprender ni de cinco céntimos. (*Las otras señoras la felicitan.*)

DON REGINO. (*Aparte, con tristeza, á don Crótido.*) ¡Ay, mi querido don Crótido, cuánta hipocresía hay en este mundo?

D. CRÓTIDO. (*Aparte á don Regino.*) ¿Se convence usted, señor cura?

DON REGINO. Sí, desgraciadamente; veo que vivía engañado.

D. CRÓTIDO. Nunca olvide este consejo que me permito darle. Desconfíe y no espere nada de la persona que se pasa su vida en el templo.

DON JULIO. Yo, por mi parte, tampoco puedo desprenderme ni de una peseta. Hemos tenido muchísimos gastos con el Sanatorio de perros, y á pesar nuestro, nos vemos en la triste necesidad de tener que manifestar á usted que no puedo desprenderme de nada.

ESCENA VI

DICHOS Y EL CLOWN.

EL CLOWN. (*Viste pobremente. Desde el portalón.*) ¿Dan ustedes su permiso? (*Todos los personajes que*

hay en escena dirigen su mirada al portalón, donde el clown permanece en actitud humilde.)

DON REGINO. Me alegro infinito verle á usted; precisamente en este momento estabamos tratando de reunir la cantidad que usted necesita para trasladar á su pobre hija á la capital. He indicado á todos los presentes que dieran algun socorro, y como poseen un corazón noble y generoso, en un minuto he reunido trescientas cincuenta y tres pesetas, que le entrego á usted. (*Le da el saquito que hay encima de la mesa.*)

EL CLOWN. (*Emocionado, recoge el dinero.*) Gracias, señor cura, gracias. (*Se arrodilla, queriéndole besar la mano.*)

DON REGINO. (*Se apresura á levantarle.*) No, buen hombre; á mí no me debe usted nada, todo á estos señores. (*Señalando á los que hay en escena.*)

EL CLOWN. (*Dirigiéndose á todos.*) Mil gracias, señores; jamás olvidaré este acto de piedad. (*Todos están asombrados y cuchichean unos con otros.*) Me voy corriendo á comunicárselo á la señorita Micaela, que está impaciente por saber el resultado de esta reunión. (*Sollozando.*) Adiós, señores, y repito que no olvidaré este favor tan grande. ¡Pobre hija mía! Adiós, señores, adiós. (*Hace mutis precipitadamente por el portalón.*)

ESCENA ÚLTIMA

DICHOS, MENOS EL CLOWN

D.ª FILOM. Yo creo, señor cura, que se ha tomado usted atribuciones que nosotras no le hemos dado.

DON JULIO. Hago mías las palabras de doña Filomena.

TODOS. (*Menos D. Crótido.*) Y nosotros también.

DON REGINO. (*Con calma.*) Siento que no estén ustedes con-

formes con mi manera de proceder, y si he obrado de ligero, y este acto de abuso de confianza está penado en el Código, aquí (*señalando á don Crótido*) está presente el señor juez, y él, como representante de la justicia, puede cumplir como tenga por conveniente. Yo creo que he cumplido como la santa Religión manda; espero con tranquilidad el castigo que me impongan.

D. CRÓTIDO. (*Conmovido, se abraza á D. Regino.*) Venga usted á mis brazos, señor cura. (*Dirigiéndose á los demás, que siguen murmurando.*) Esta, ésta es la verdadera Religión.

TELÓN

Muy obligados quedamos á los actores cuyos nombres constan en el reparto de esta obra, pero especialmente al Sr. Miralles jamás olvidaremos los esfuerzos laudables y el cariño que nos ha demostrado dirigiendo los ensayos.

Conste, pues, que si compartió con nosotros el éxito de la comedia, en absoluto le corresponde á él primero y á los intérpretes de ésta después.

Con sumo gusto lo hacen presente

Los Autores.

Precio: UNA peseta.